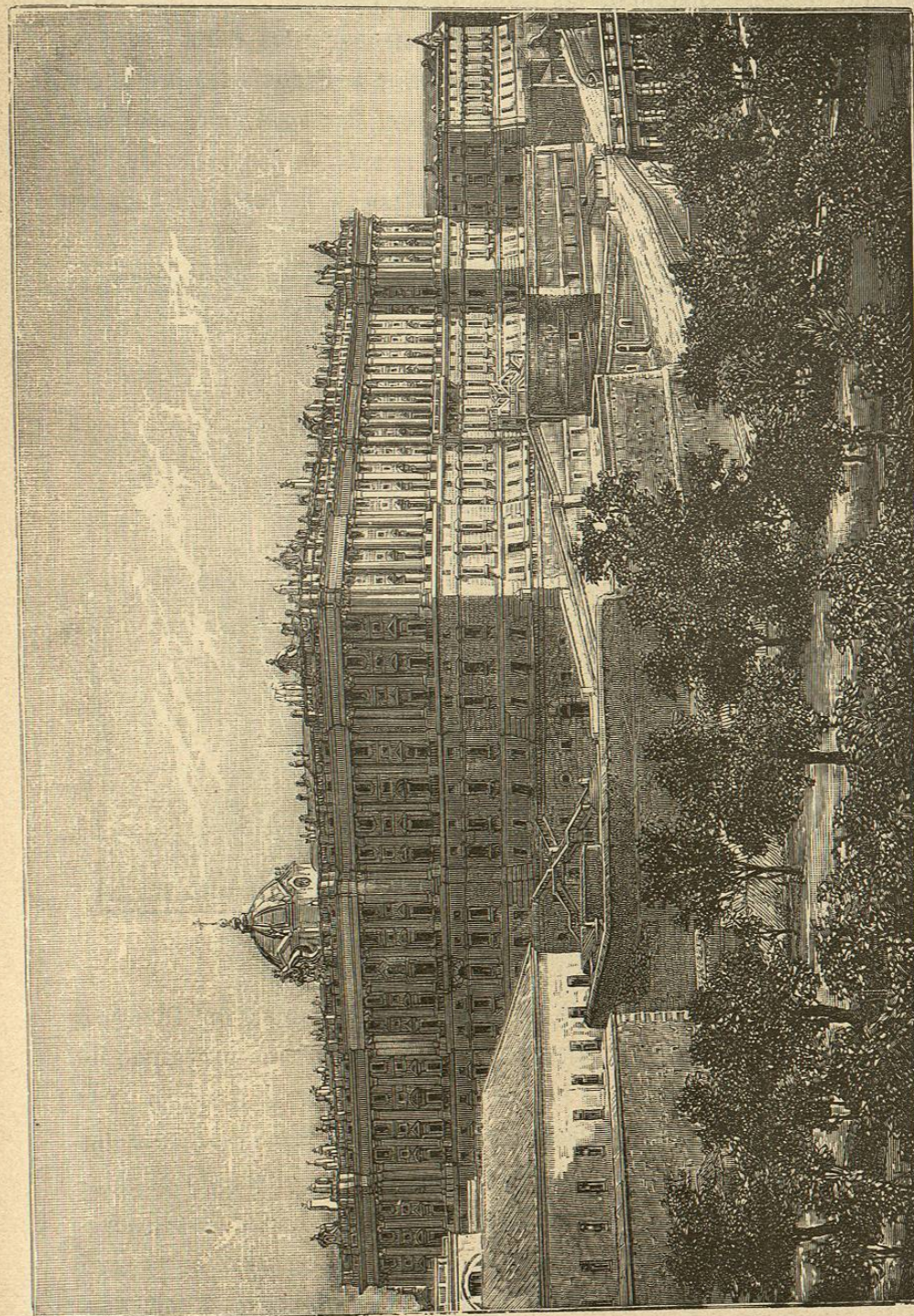


ces Napoleón la idea, que maduró durante algún tiempo, de tomar á Carlos IV las provincias septentrionales de la Península, cediéndole en cambio Portugal. De este modo, aproximándose los Franceses al corazón de España, podrían fácil y lentamente dejar sentir su influencia en ella; pero ninguna de estas dos soluciones garantizaba el cumplimiento riguroso del bloqueo continental. Por esto concibió un tercer plan, que le parecía más seguro: tal era despojar á los Borbones de sus Estados, ocupándolos el ejército francés.

Las disensiones que habían estallado en la familia real ofrecieron á Napoleón medio oportuno para intervenir en los asuntos de España. Fernando, primogénito de Carlos IV, estaba alejado del poder por Godoy y odiaba á los franceses. El pueblo le quería precisamente por su odio al favorito, por lo que, apoyándose en su popularidad, resolvió derribar á Godoy y apoderarse del Gobierno, para lo cual escribió á Napoleón solicitando su concurso; pero apercibido Carlos IV de sus proyectos, le mandó arrestar y escribió por su parte al Emperador pidiéndole permiso, en cierto modo, para desheredar á su hijo. Sin embargo, á ruegos de Godoy y ante la confesión plena que hizo Fernando del complot tramado, Carlos IV le devolvió la libertad. La mediación del Emperador, que solicitaban padre é hijo, la deseaba también una gran parte del pueblo español (1), que confiaba en recuperar su antiguo esplendor de manos de un hombre que había regenerado Holanda é Italia, pero sin creer en una intervención armada, por lo que pronto cambió de sentimientos al conocer los designios de Napoleón.

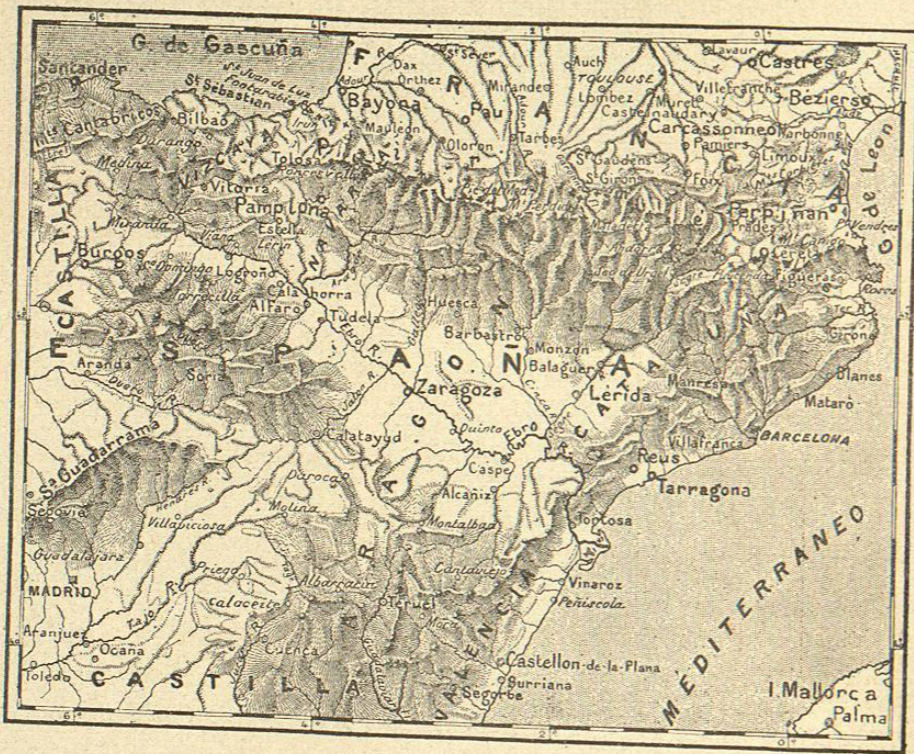
En efecto, so pretexto de apoyar á Junot en Portugal, hizo ocupar la cuenca del Duero y las Provincias Vascongadas por 60.000 hombres, sin que Godoy se atreviera á ordenar la resistencia á las tropas francesas, que, envalentonadas ante tal cobardía, ocuparon también Cataluña y Aragón, y se apoderaron de la mayoría de las

(1) Aunque no una gran parte del pueblo español, como afirma el autor, es cierto que algunas personas ilustradas, cediendo al influjo de las ideas francesas, que ya en el reinado de Carlos III habían dejado huellas en España, y otras ante el espectáculo glorioso de Napoleón, simpatizaban con Francia. El mismo heroico capitán D. Pedro Velarde «había sido uno de los más entusiastas admiradores de Napoleón,» dice de él el señor Chao.—(N. del T.)



Palacio real de Madrid

plazas fuertes (1) desde el Bidasoa al Tajo. Murat recibió el nombramiento de generalísimo de las tropas invasoras de la Península. Napoleón, que no se había decidido aún a destronar a los Borbones españoles, declaróles su propósito de anexionar a Francia las provincias del Ebro, ofreciéndoles en compensación Portugal, sin acordarse siquiera de la reina de Etruria, que había sido ya despojada de Toscana en virtud del tratado de Fontainebleau y lo iba a ser también



Mapa de la cuenca del Ebro

del principado que se le había prometido, en la cuenca del Duero, a cambio de su reino. Consternada la corte española, no respondió siquiera a tal propuesta, y se preparó para marchar a América, por indicaciones secretas, según se dice, del mismo Napoleón. Pero los partidarios de Fernando se opusieron a esta partida, atacaron el palacio de Aranjuez, donde el anciano monarca estaba haciendo sus preparativos de marcha, y obligaronle a destituir al favorito, cuya casa saquearon, siendo víctima de duros atropellos y encerrado en una

(1) Por traición en las principales, como Pamplona y Barcelona.—(N. del T.)

prisión. A fin de salvarle, Carlos IV abdicó en Fernando VII (18 de Marzo de 1808). Al tener noticia del motín de Aranjuez, Murat se dirigió hacia Madrid, donde entró en 23 de Marzo.

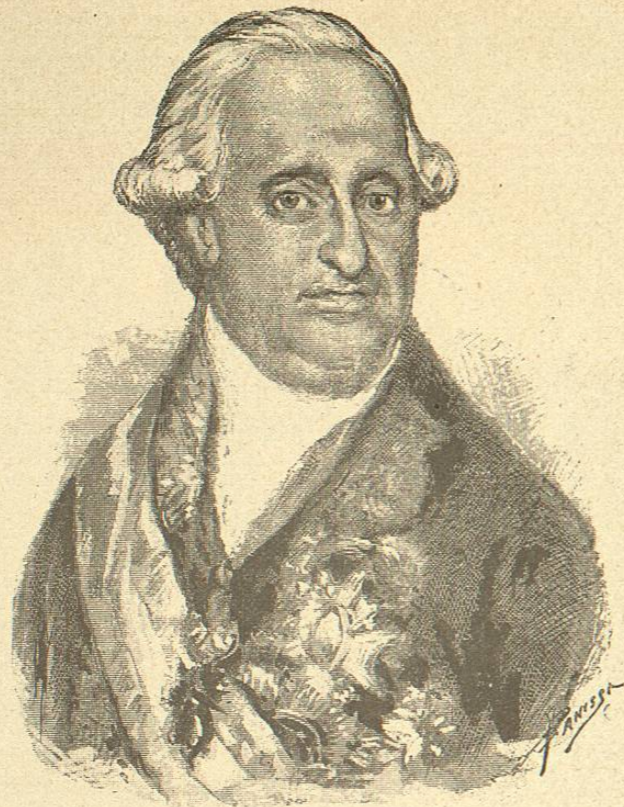
Creíase que Murat se decidiría abiertamente por Fernando, pero se limitó a guardar la más estricta neutralidad entre este príncipe,



Dragones españoles. (Dibujo de Raffet, litografía de L'anta)

que suplicaba al Emperador le reconociese como rey de España, y Carlos IV, que por su parte escribía a Napoleón protestando de su abdicación y pidiéndole para él, su esposa y su estimado favorito un refugio al otro lado de los Pirineos. Napoleón comprendió que era materialmente imposible imponer a España el gobierno de Carlos IV y de su favorito; por otra parte, conocía el odio que a Francia profesaban Fernando y su partido, de manera que, sancionando su eleva-

ción al trono, destruía anticipadamente sus propósitos de extender á la Península el bloqueo continental y de asegurar la frontera de los Pirineos. No quería, sin embargo, aparecer dispuesto á destronar á los Borbones por la violencia, y sin tener todavía un plan bien concreto, concibió la idea de obtener la abdicación del hijo y del padre. Esperando este resultado, recomendó á Murat que no dejase sospechar á



Carlos IV

los Españoles su actitud definitiva, «lo cual no será difícil, le decía, pues que yo mismo la ignoro.»

Entretanto, Napoleón marchó á Bayona, á donde Fernando, persuadido de que no podría reinar sin haber sido reconocido por el Emperador, acudió para anticiparse á su padre, que llevaba el mismo propósito. A su llegada á Bayona renovó el príncipe sus indicaciones á Napoleón, ofreciéndole firmar un pacto de estrecha amistad entre Francia y España, uniéndose para ello con una princesa de la familia Bonaparte. Así que el Emperador conoció personalmente al miserable

vástago de Luis XIV, perdió toda esperanza de regenerar á España por medio de los Borbones. Hizo pedir, pues, á Fernando su abdicación al trono de España mediante la concesión de Toscana. «Precisa que os decidáis antes de la llegada del rey vuestro padre, — le dijo, — pues estoy seguro de obtener de él cuanto pida.»

Ordenó á Murat que pusiese en libertad al ministro Godoy y le enviase al lado de Carlos IV, confiando que, con la influencia que sobre él ejercía, obtendría su renuncia. El anciano monarca llegó, en



Manuel Godoy

efecto, poco después, y encantado de la regia recepción que Napoleón le dispensó y de que Godoy hubiese recobrado su libertad, quiso obligar á su hijo á que abdicara. Quería Fernando que se consultase á las Cortes, cuando la indignación de los Españoles, ocasionada por la pérfida invasión del ejército francés y la marcha de la familia real al extranjero, hizo estallar una insurrección en Madrid, que Murat se vió obligado á reprimir con la ejecución de los conjurados más comprometidos (1) (2 de Mayo de 1808). La fecha del *Dos de Mayo*, ani-

(1) Todos los historiadores nacionales están contestes en afirmar que no hubo conspiración de ninguna clase para preparar el glorioso levantamiento del 2 de Mayo, ni aun siquiera atribuyéndolo á «un golpe de Estado, friamente preparado y dispuesto por Murat,» como dice el insigne Lafuente. «Fué el sacudimiento espontáneo é impremedita-